

EL JARDINERO

Por Lichgestalt (Rare Breed)

Paseó por la sombría estancia en la que se hallaba, rozando los muebles con las yemas de sus dedos. Las lágrimas rodaban por sus mejillas, iluminando los recuerdos prohibidos. Sus pasos resonaban en el suelo, como los latidos de los apagados corazones.

Miró a su alrededor, con escalofrío, y recordó todo lo que pasó entre los gélidos muros de esa enorme casa, iluminada ahora por la tenue y azulada luz de la luna filtrada por grandes cristaleras.

Él era el jardinero. Nunca vivió, ni morirá, pues

nació muerto, y sólo un deseo le sujetó de las oscuras garras de la muerte: una rosa, del color de la sangre y la miel, oculta en lo más profundo de un bosque de zarzas, le otorgaría la vida. Pero, desde que nació, estuvo sujeto a la rosa, cultivando un hermoso jardín en el lugar, y apenas creció un delicado brote coronado por una negra rosa, cuyas afiladas espinas tenían el tamaño de pequeñas dagas. Un mísero y desolado brote, que el pequeño miraba con orgullo y lágrimas en los ojos.

Cada día y cada noche lo visitaba, lo regaba, y se pasaba las horas contemplándolo.

Nunca entraba en la vacía mansión, ni comía más que los frutos del huerto trasero.

Cuando dormía en su diminuta caseta, junto a un perro moribundo, soñaba con su brote, y sonreía.

Sabía qué era lo que necesitaba para su jardín y su preciado brote.

Necesitaba abono. Fertilizante. Algo lo suficientemente poderoso como para alimentar la semilla.

Lo había probado todo. Intentó alimentar a su preciada planta con todo lo que pudo, pero no crecía.

Un aciago día, el jardinero escuchó los cascos de los caballos contra el suelo y las ruedas de una carroza.

La verja principal chirrió y entró el malhumorado señor de la casa.

El dueño se dirigió hacia el jardín, y al ver al jardinero, y a su preciado brote, se deshizo en gritos e insultos para el muchacho.

-¿Dónde está mi jardín?! ¡Llevas trece años con esto, chico!- profirió el anciano, propinándole una patada en las costillas.

El muchacho gritó, mas no dijo nada.

-¿No dices nada?- continuó el otro alzando su bastón y dejándolo caer sobre el chico una y otra vez.

El jardinero gemía y lloraba, y la vara lo marcaba continuamente con sus golpes.

Pero, de repente, empezaron a brotar nuevas plantas, cubriendo el jardín de un tupido manto.

A cada grito, a cada espasmo de dolor, el jardín crecía y recuperaba la vida que el muchacho había obtenido de la planta.

Los rosales se retorcieron y enroscaron, pues ya medían varios metros. El dueño de la mansión torció su gesto, asombrado, y las plantas se enroscaron alrededor del jardinero.

El jardinero había encontrado el abono que necesitaba, y aquel hombre huyó despavorido hacia el interior de la mansión.

El jardinero paseó por la sombría estancia rozando con las yemas de sus dedos los muebles cubiertos por el polvo, con lágrimas en los ojos.

